

***Los discípulos recogen espigas en el día de reposo;  
O, la realización de la vida humana entre ley y gracia***

Sermón sobre Marcos 2,23-28 / vigésimo domingo después de Trinitatis

RAINER SÖRGEL

---

## **I. Exordio**

Queridos hermanos y amigos, me imagino que todos vosotros ya os habéis encontrado en una situación semejante. Una situación en la que os parecía que para tomar una decisión adecuada, para hacer lo que vuestra conciencia os indicaba y para obedecer a lo que sentíais que debería ser la voluntad de Dios para vuestras vidas, hacía falta saltaros una norma, era necesario transgredir una regla de la sociedad, un tabú familiar, o incluso tenías que quebrantar un mandamiento eclesial, o sea divino. Me imagino que todos vosotros conocéis estas situaciones en las que todas las leyes y mandamientos del mundo no sirven para hacer justicia a lo que las necesidades y circunstancias personales demandan. Son estas las situaciones en las que experimentamos que la realización de nuestra vida necesariamente sucede en la tensión entre ley y gracia. Y es exactamente ésta la situación de la que trata nuestro pasaje que acabamos de escuchar en la lectura. Pero vayamos por partes. Vale la pena introducirnos en el marco en el que nos coloca nuestro pasaje.

## **II. El hombre entre el hambre y el sábado**

El relato comienza con que en el día del sábado aparece el hombre hambriento. Es decir, el marco en el que nos coloca la narración es por un lado el hambre humano, o sea el instinto básico de conservación de vida, un instinto que los hombres compartimos con todos los seres vivos de este planeta. Y por otro lado aparece el sábado, es decir el símbolo de la consumación de la creación, la metáfora de la plena realización de la vida, el signo de felicidad y de llegar a la plenitud de lo que nuestro haber nacido humano puede dar de sí. Estos son, para decirlo de manera simplista, los dos extremos, las dos dimensiones, las dos grandes posibilidades entre las que nuestra existencia puede desarrollarse. Y éste es el marco en el que nos introduce nuestro relato bíblico.

Y si entiendo bien nuestro pasaje, entonces quiere que contemplemos a este ser humano hambriento desde la perspectiva del sábado. Que contemplemos lo más primitivo del hombre desde la vocación divina, desde el ángulo de la plenitud que la vida creada puede alcanzar. Que miremos las vidas más mediocres y aburridas desde la posibilidad que ofrece la promesa de su consumación. Entonces, el instinto de conservación juntamente con todas las pulsaciones fundamentales no será nada despreciable, ni perteneciente a un ámbito inferior -

como a menudo en la historia de la Iglesia se ha interpretado - sino aparece como una promesa.

Lo mismo ocurre cuando cambiamos la perspectiva. Cuando miramos desde la condición humana más fundamental hacia el sábado, si miramos desde el instinto básico hacia la plenitud y hacia la perfección de la vida, entonces el instinto de conservación adquiere una nueva dimensión. Porque a partir de él nace el deseo de inmortalidad, surge el anhelo de tener un futuro y de conservar nuestro "yo" más allá de la frontera que supone la muerte.

Lo que en principio sólo fue el motor para asegurar la procreación, la conservación de la especie, de la familia y la transmisión de los propios genes en los primates, ahora - haciéndonos humanos - cobra una dimensión trascendental. El hecho de que el hombre se descubre como un sujeto que tiene conciencia de sí mismo, como un ser capaz de amar y ser amado, como alguien que se descubre desde la experiencia del amor como un "yo" único y original con un valor infinito, alguien capaz de escuchar el hablar de Dios, alguien que es capaz de descubrirse como creado a su semejanza e imagen... le empuja irremisiblemente hacia el sábado, hacia una consumación de su vida, hacia una plenitud trascendental. Por eso el hambre también es un símbolo de aquel hambre que busca la vida de lo más alto y que es la única capaz de calmar su inquietud. - En el marco de esta doble perspectiva en el que nos coloca el texto se manifiesta lo específicamente humano.

El famoso padre de la iglesia, Agustín de Hipona, fue uno de los primeros quien enfatizó en que la consumación de la felicidad humana necesariamente partía del hambre del alma por Dios. En sus famosas *Confesiones* podemos leer:

*Llevaba mi alma quebrantada y sangrienta,  
Y no soportaba ya llevarla yo mismo,  
Pero no encontré lugar donde hacerla descansar.  
En ninguna parte podía reposar,  
Ni en la naturaleza,  
Ni con juegos y música,  
Ni usando las aguas termales,  
Ni festejando el banquete,  
Ni en la cama con todo su placer,  
Ni tampoco en la lectura y la poesía...<sup>1</sup>*

Finalmente confiesa:

*Tú mismo nos incitas a encontrar nuestra alegría en Ti,  
Porque nos has creado hacia Ti;  
E inquieto es nuestro corazón,  
Hasta que descansa en Ti.<sup>2</sup>*

<sup>1</sup> Augustinus, *Bekennnisse*, Libro IV, 7,12. Libre traducción del texto alemán.

<sup>2</sup> Augustinus, *Bekennnisse*, Libro I, 1,1. (Aunque adelantándolo al lector de su obra)

### **III. El conflicto**

Así que éste es el marco en el que nos coloca el texto, a la vez que nos advierte que en el recorrido hacia Dios, hacia la realización personal del proyecto de nuestra vida, nos encontramos inevitablemente con un conflicto. Es este el conflicto que Jesús y sus discípulos sufren en nuestro pasaje, es el conflicto que conduce los judíos unos versículos más tarde (3,6) a la decisión de eliminar a Jesús, en fin es el conflicto entre ley y gracia.

Todas las grandes religiones y comunidades humanas, el judaísmo, el cristianismo y la Iglesia incluidos, han desarrollado una serie de normas y leyes, educando a sus miembros a aceptar y asumirlas sin dudar. Normalmente se seguía una pedagogía que quería obediencia y no comprensión. El objetivo es la convivencia sin problemas y disturbios. Para ello todos tienen que adaptarse a las reglas del juego, sin cuestionarlas.

El psicoanalista Sigmund Freud definió este fenómeno como la "naturaleza conservativa de nuestros instintos". Las sociedades humanas (las religiosas incluidas) tienden a la conservación de lo establecido. Para ello el individuo debe someterse a los fines del colectivo. Hasta el mismo Reino de Dios a menudo se presenta como si no fuera nada más que un sistema de convivencia en el que todos los recursos estarían repartidos con igualdad y justicia, o sea una cuestión política.

Parecerá extraño, pero para seguir a Jesús hay una condición fundamental: El discípulo de Jesús tiene que tener el coraje de desobedecer. En varias ocasiones Jesús exigió de sus seguidores la desobediencia frente a las normas establecidas por la sociedad. No solamente "trabajar" en sábado, sino también no dar sepultura a su padre, no despedirse de su familia, no saludar a la gente, etc.

El ex-catedrático austriaco Adolf Holl ha escrito un libro sobre "La mística para iniciantes". Uno de sus consejos que presenta en esta obra dice que los iniciantes de la mística tienen que hacer por lo menos una vez en sus vidas la experiencia de haber desobedecido, de haberse negado ante una norma social, ante una regla de la sociedad, o un tabú de la Iglesia.

### **IV. El tiempo mesiánico y el cambio de paradigma**

Esta demanda de desobediencia no es un capricho, ni quiere dar pie a la abolición revolucionaria de las normas. El seguidor de Jesús no es un revolucionario. Más bien es así que tiene su origen en un cambio de paradigma que con Cristo se ha producido en la historia humana. Tal como lo expresó el teólogo Oscar Cullmann cuando habla de Cristo como aquel que divide los tiempos. Hay un tiempo antes y después de Cristo en la historia del hombre. Estamos en el tiempo mesiánico, y el tiempo mesiánico está caracterizado por una nueva relación y actitud frente a la ley.

Cuando Jesús y sus discípulos son atacados por los fariseos, Jesús echa mano del ejemplo de David. El punto de comparación no es el sábado. David no quebrantó el sábado. El punto de comparación es la libertad frente a una norma establecida, frente a una ley supuestamente divina, es decir en teoría inquebrantable. Tal como David y sus compañeros se toman la libertad de comer, así también los discípulos de Jesús.

Pero al compararse con David, Jesús no solamente quiere indicar que siempre había momentos en los que para hacer la voluntad de Dios era necesario saltarse una norma, sino al aludir a David, Jesús establece una relación entre su persona y la figura mesiánica más importante del AT. En otras palabras, Jesús dice que el tiempo mesiánico, el tiempo de salvación, el tiempo del encuentro entre el hombre y su Dios, el tiempo de la nueva alianza está presente. El conflicto entre ley y gracia es una señal necesaria de la manifestación del tiempo de salvación.

Y una de las características más importantes de este tiempo, de este cambio de paradigma es la nueva relación con la ley. Lo que en la historia de Israel se ha visto de vez en cuando, ahora es lo determinante. Si a lo largo de la historia de Israel traslucía en algunos momentos que el verdadero cumplimiento de la ley no es un asunto exterior, aparente y literalista, ahora, en el tiempo mesiánico, debe quedar claro de una forma definitiva que la voluntad de Dios apunta a la motivación del hombre y no a un mero acto exterior. Jesús radicaliza la Torá, porque mientras los fariseos se contentaban con una obediencia aparente, Jesús apunta con la voluntad de Dios a los motivos del hombre. La circuncisión ya no se hace en la carne, sino es del corazón. La palabra de Dios ya no es sólo un libro, sino una voz que susura a cada cual. La cercanía a Dios ya no se define en términos de pertenencias nacionales o colectivas, nadie puede esconderse detrás de un grupo, sino cada uno está llamado a entregarse a Dios. En fin, el tiempo mesiánico se caracteriza por la radicalidad con la que cada uno está puesto ante la decisión, se especifica por la inminente cercanía de Dios ante la cual ya no es posible esconderse detrás de un cumplimiento exteriorizado de la ley.

## **V. El objetivo final: el hombre/ la mujer libre**

En este sentido, también el sábado recibe una interpretación radical. Jesús no puede comprender el sábado como una norma regulativa para la convivencia del pueblo. Es insuficiente ver en el sábado nada más que una prueba de lealtad y de identificación con el pueblo religioso judío frente a la influencia de la cultura griega que estaba cada vez más presente. Igualmente no basta con exigir simplemente una obediencia exteriorizada. Jesús interpreta el sábado en su contexto original, o sea según la teología de la creación. El sábado es un símbolo que habla de la consumación de lo que Dios se había pensado al crear a cada uno de nosotros. Sábado significa permitir que Dios me lleve por mi vía personal de la vida

consumando así mi vocación. Sábado es cuando se consume y se realiza este proyecto que cada uno de nosotros somos en forma de semilla, cuando tú llegas a ser lo que tú realmente eres. Sábado es cuando dejamos de ser copias baratas de los demás y realizamos el original que somos. Sábado es llegar a Dios, pero también llegar a sí mismo, y así llegar finalmente también al prójimo. Así pensaba Jesús: Dios sólo se encuentra por medio de encontrarse a sí mismo lo cual hace posible una nueva abertura hacia el otro. Todas las leyes y preceptos sólo le eran útiles mientras que contribuyeron a este fin, pero le parecían perjudicial y dañinos si en determinadas circunstancias impedían este encuentro.

Esta fue la libertad que Jesús vivía frente las normas morales y a los preceptos de su religión. Y lo hacía no por capricho ni por anarquismo, sino porque sabía y experimentaba en su interior lo que Dios quería de él. No era una libertad sin compromiso, al contrario era una libertad que se sabía profundamente vinculada a la voluntad de Dios. Es una libertad que recibe su cobertura precisamente por el radical compromiso con Dios. Es una confesión del reinado ilimitado de Dios sobre los hombres, pero constata a la vez el reinado limitado de los hombres sobre los hombres. Es el famoso temor de Dios que libera del temor a los hombres. Pero... cuánto coraje y valor son necesario para vivir esta libertad.

Curiosamente, siempre y cuando alguien en la historia consigue vivir algo de esta libertad, entonces le matamos. ¡Así de libre somos! Sea la libertad de los mártires con la que salieron de aquel sistema, sea la libertad de los místicos que se unieron con Dios sin mediación jerárquica, sea la libertad que Lutero redescubrió en la edad media cuando dijo:

*El cristiano es un hombre libre, señor de todo y no sometido a nadie;  
El cristiano es un siervo, al servicio de todo y a todos sometido.*<sup>3</sup>

Sea la libertad que usó Mahatma Gandhi para mediar en los conflictos de las religiones o sea la libertad de una Martín Luther King para superar el racismo.

Dios nos pregunta por medio de Jesús y de David y finalmente también por medio de todos ellos: ¿Cuánto de lo que quería vivir en nosotros, de lo que estaba llamado a vivir y a desarrollarse por parte de Dios - hemos ido matando a lo largo de nuestra vida, porque nos causaba miedo? ¿Cuántas veces hemos domesticado la vida y la libertad por medio de instituciones, costumbres y las posibles quejas de los demás? ¿Dónde está el poder de Cristo que no libera de la angustia de ser libre? - ¿En nosotros, en ti, en nuestra comunidad, dónde?

La libertad que Jesús quería no consiste en la aniquilación de las reglas existentes, sino comienzo con un paso de confianza. Jesús te invita a dar hoy el primer paso hacia la libertad que él quería.

Amén.

---

<sup>3</sup> Martín Lutero, *La libertad del cristiano*, 1520.